Thomas B. Edsall

Eugenio Del Río Gabarain 18/10/26 11:18
Comentario:

¿Y si la polarización política no fuera la enfermedad, sino la cura?

The New York Times, 13 de octubre de 2026.

Con el presidente Trump en la Casa Blanca, el creciente autoritarismo ha provocado una batalla campal en el mundo académico sobre la polarización, enfrentando a quienes argumentan que socava la democracia contra quienes la ven como una herramienta para motivar a los defensores de la democracia.

Este debate, que se desarrolla en el selecto círculo académico, tendrá casi con toda seguridad consecuencias en el mundo real dentro de tres semanas, ya que los demócratas son los claros favoritos para hacerse con el control de la Cámara de Representantes y tienen prácticamente un 50% de probabilidades de lograr la mayoría en el Senado. Una vez en el poder, tendrán que decidir cuán firmes y agresivos serán al oponerse a la administración Trump.

Lilliana Mason, politóloga de la Universidad Johns Hopkins y autora del innovador libro de 2018 *Acuerdo Incívico*, es un ejemplo paradigmático de este cambio.

En el libro, Mason describe cómo, en las últimas décadas, tanto en la derecha como en la izquierda estadounidenses, las múltiples identidades sociales de los votantes —raza, religión, ideología, perspectiva cultural y afiliación partidista — se han alineado cada vez más. El resultado: las elecciones se convirtieron en luchas políticas a vida o muerte, a medida que los partidos se transformaban en grupos sociales antagónicos.

En un artículo publicado este mes en *The Journal of Democracy*, titulado “La polarización no es el problema“, Mason escribió: “La polarización partidista no es la mayor amenaza para la democracia estadounidense, sino un síntoma de una lucha más profunda sobre quién pertenece a ella y merece la igualdad de derechos”.

Los rápidos avances de las minorías raciales, las mujeres y la comunidad LGBTQ+ han generado una reacción etnonacionalista cuyos partidarios ejercen ahora un poder desproporcionado a través del Partido Republicano. Este conflicto ha intensificado la animosidad partidista y la desconexión moral, pero un diagnóstico simplista que considera que ambos bandos son responsables oculta la asimetría entre la facción que busca revertir el progreso social y quienes se resisten a él.

“Polarización, sostuvo Mason entonces, con un ingenioso giro de palabras, no es tanto la enfermedad como la respuesta inmunitaria de la democracia ante un movimiento impopular y antidemocrático.

“Reprimir esa respuesta en nombre de la civilidad solo fortalecería el movimiento y pondría en peligro el autogobierno pluralista. Estados Unidos aún puede convertirse en su democracia más inclusiva, pero solo si los líderes defienden la igualdad de derechos y los votantes exigen responsabilidades a quienes no lo hacen. Mason no es la única que opina así.

En un artículo publicado en julio, titulado “No es polarización; es la radicalización de la derecha política”, Petter Törnberg, profesor asociado de

Ciencias Sociales Computacionales en la Universidad de Ámsterdam, argumentó:

“La neutralidad no se ve respaldada por la evidencia empírica. En las democracias avanzadas, la crisis no surge de una divergencia mutua, sino de la transformación unilateral de la derecha política: la normalización de la retórica autoritaria, la normalización de la conspiración y el odio como estrategias políticas, y el desmantelamiento sistemático de los mecanismos de control institucionales”.

Törnberg argumenta que las pretensiones de objetividad y neutralidad son problemáticas en sí mismas. “Las decisiones conceptuales no son políticamente neutrales”, escribió. “Considerar las amenazas autoritarias como simples faltas de etiqueta no es solo un diagnóstico erróneo: es una abdicación de responsabilidad”. A medida que la polarización ha adquirido un papel central en la política estadounidense, los académicos hanadoptado cada vez más un enfoque matizado y ambivalente.

Yphtach Lelkes, profesor de comunicación en la Universidad de Pensilvania, escribió por correo electrónico: “Creo que el mundo es un lugar complejo, y no creo que la polarización sea simplemente una causa o un efecto. En la Alemania anterior a Hitler, en la España anterior a Franco y en la Italia anterior a Mussolini, el denominador común es que los actores políticos tradicionales estaban dispuestos a tolerar movimientos autoritarios porque veían a sus oponentes políticos como una amenaza mayor”.

Al mismo tiempo, continuó Lelkes, “también hemos visto casos en los que los partidos tradicionales han logrado mantener a las facciones extremistas fuera del poder. Las diversas formas de cordón sanitario establecidas en torno a los partidos de extrema derecha en Bélgica, Francia y Alemania funcionaron durante décadas, aunque algunas hayan comenzado a debilitarse”.

¿Y qué piensa Lelkes?

“Tengo una visión intermedia de la polarización”, dijo.

“Una polarización insuficiente excluye la diversidad de ideas, puntos de vista e incluso la indignación necesaria para progresar. Una polarización excesiva crea las condiciones para muchos de los problemas que vemos hoy en día”.

El debate sobre la polarización, que se desarrolla en las altas esferas del pensamiento, pronto podría ocupar las primeras planas. Matt Grossmann, politólogo de la Universidad Estatal de Michigan, escribió por correo electrónico: “Es probable que los demócratas recuperen el poder en el Congreso y en los estados. Si confunden las actuales tendencias liberales moderadas en la opinión pública con una oportunidad para un gobierno extremista, es probable que se enfrenten a una nueva reacción adversa”.

Estas controversias sobre la polarización están impregnadas de una fuerte carga moral —¿esto es bueno o malo?— que, según Grossmann, surge de la preocupación generalizada entre los académicos por el retroceso democrático en Estados Unidos. También existe una preocupación constante por la tendencia a considerarlo un resultado de la polarización, o, coloquialmente, a considerar que ambos lados son los responsables de ese retroceso cuando Donald Trump es el principal instigador.

Para ser más concretos, continuó Grossmann, “Acabamos de vivir las consecuencias de la reacción demócrata al primer gobierno de Trump, que incluyó un giro a la izquierda en materia de inmigración e injusticia racial en respuesta a los excesos de Trump. Pero las políticas y la retórica contrarias sobre estos temas bajo el mandato de Biden —por muy justificadas que estén moralmente— contribuyeron al regreso de Trump”.

Marc Hetherington, politólogo de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, ha adoptado un enfoque similar —aunque ciertamente diferente— al de Mason, argumentando que mucho antes de que Trump tomara el control del Partido Republicano, “La polarización había surgido del desacuerdo dominante entre demócratas y republicanos, que pasó del insípido ‘¿cuánto debería hacer el gobierno?’ al visceral "¿en qué medida debería involucrarse Estados Unidos en los cambios raciales, sociales y culturales?".

Esto se debe a los desacuerdos sobre las revoluciones de derechos —para los afroamericanos, las mujeres y las personas LGBTQ— que ocupan un lugar central en el conflicto entre los partidos.

Cuando Hetherington habla con grupos cívicos, les dice: “Si bien la polarización es profundamente desagradable y genera disfunción gubernamental, vale la pena el esfuerzo. Los invito a reflexionar sobre la situación actual de las diversas minorías políticas y a preguntarse si su estatus ha mejorado notablemente en el último medio siglo.

“Si bien aún hay mucho margen de mejora, la respuesta es claramente afirmativa. El impulso por el cambio racial, social y cultural que generó mayor igualdad para diversos grupos, y la resistencia a dicho cambio, son la fuente de la polarización. Los beneficios de esa lucha superan los costos de la polarización resultante.

Analizando el artículo de Mason desde otra perspectiva, Julie Wronski, politóloga de la Universidad de Mississippi, me escribió: “En la medida en que Mason u otros consideran la polarización como un aspecto ventajoso del panorama político actual, es a través de su capacidad de diagnóstico”. En este contexto, “Mason espera que quienes apoyan la democracia pluralista sigan expresándose y participando políticamente, incluso si al hacerlo perpetúan lapolarización a corto plazo”.

Thomas Zimmer, historiador de Georgetown, es un firme defensor de la tesis de Mason. «Estoy totalmente deacuerdo con Lilliana Mason en esto», afirmó. «De hecho, llevo años ofreciendo una crítica similar a lo que yo llamaría *la narrativa de la polarización*".

“Una vez que la polarización se adopta como un diagnóstico general, como un paradigma histórico y político dominante”, escribió Zimmer por correo electrónico, “no solo oculta cuál es el desafío clave para lograr una democracia pluralista —la radicalización antidemocrática de la derecha—, sino que también transmite una idea engañosa del pasado reciente de Estados Unidos y de cómo llegamos a donde estamos ahora”.

“Gran parte del discurso polarizador del mundo académico crea una imagen falsa de la sociedad estadounidense”, argumentó Zimmer: “Solemos contar una historia sobre la decadencia del sistema político estadounidense, casi siempre

presentando el *consenso* de la posguerra bajo una luz problemáticamente favorable, mitificándolo como un momento de unidad y orden".

"Y este tipo de relatos pesimistas suelen ir acompañados de una buena dosis de nostalgia por ese *consenso* perdido hace mucho tiempo, algo que la derecha ha sabido instrumentalizar con éxito. Pero el consenso político, en la medida en que alguna vez existió, generalmente se limitaba a las élites masculinas blancas y se basaba en un acuerdo bipartidista para mantener intacto un orden social discriminatorio y negar a los grupos marginados la igualdad de representación y los derechos civiles".

"Dicho de otro modo", continuó, "no fue casualidad que la polarización comenzara cuando un partido rompió con el consenso de la élite blanca y apoyó —aunque a regañadientes— la revolución de los derechos civiles de la década de 1960. En muchos sentidos, la polarización es el precio que la sociedad estadounidense ha tenido que pagar por un progreso real hacia el pluralismo multirracial".

Mientras que Zimmer señala con el dedo al creciente poder de la derecha radical, Gregory Conti, politólogo de Princeton, mira en la dirección opuesta.

En un ensayo del 6 de octubre titulado "Cómo *Woke 1* radicalizó al Partido Republicano", Conti y Aaron Sibarium, redactor de *The Washington Free Beacon*, un sitio web de noticias conservadoras, escribieron: "El radicalismo de Trump II se comprende mejor como una respuesta al auge del movimiento *woke* que como una continuación de una ideología coherente ya establecida durante el ascenso de Trump. A pesar de su retórica pocoortodoxa y transgresora, en su primer mandato Trump respetó en gran medida el consenso cultural de la eraObama, explorando sus límites pero dejando intactos los supuestos más importantes".

"Fue el activismo radical, no Trump, lo que disolvió ese consenso. Si los liberales hubieran controlado su ala radical, muchas de sus políticas preferidas probablemente seguirían vigentes, y el segundo mandato de Trump (suponiendo que hubiera habido uno) habría sido más moderado en muchos aspectos".

Afortunadamente para mi carrera como analista, la avalancha de estos conflictos académicos es implacable.

Kenneth Lowande, politólogo de la Universidad Rice, respondió a mi consulta por correo electrónico: "Mason tiene ideas claras sobre lo que es bueno y malo, a quién se debe elogiar y a quién se debe culpar, y concluye con una exhortación sobre cómo las personas deben buscar el bien". Pero, en opinión de Lowande, la postura de Mason "esuna mala idea".

Según él, la ventaja comparativa del profesorado reside en estudiar las cosas con curiosidad imparcial. «En el momento en que entramos en la arena política como defensores de alguna causa —o en contra de un partido político— la gente tiene todo el derecho a cuestionar nuestra credibilidad como académicos».

Según Lowande, al hacerlo, "se le da al lector la impresión de que todo está resuelto. El mundo es como es. Esta interpretación es correcta, la evidencia es irrefutable y no hay nada más que hacer excepto luchar por la causa".

Si bien las críticas de Lowande a Mason son relativamente suaves, los comentarios de Sean Westwood, politólogo de Dartmouth, no lo son: “Lamentablemente, este artículo no es más que una charla informal de cóctel, disfrazada de investigación académica. El ensayo es profundamente contradictorio. Comienza argumentando que la polarización es sin duda un problema que genera ira, bloqueo legislativo, violencia e impunidad. Sin embargo, al final se presenta como una respuesta saludable, casi inmune, a actores políticos nefastos (republicanos).

En esencia, escribió Westwood por correo electrónico, “Este análisis argumenta que la animosidad republicana es patológica, mientras que la ira demócrata es curativa. Esto no se puede refutar con datos, lo que convierte este ensayo en una opinión personal y no en un análisis empírico”.

Por su parte, Mason no acepta este fallo sin más. En un correo electrónico, escribió:

“En primer lugar: El análisis que describí es objetivo, ya que describe fielmente los hallazgos empíricos. Mi intención original era señalar que, cuando la objetividad y la neutralidad entran en conflicto directo, nos vemos obligados a elegir entre ellas.

“Algunos pueden preferir optar por la neutralidad, lo que implica ignorar las conclusiones objetivas sobre las asimetrías entre las partes.

“Prefiero priorizar la objetividad sobre la neutralidad. Si la neutralidad es el principio fundamental y existen diferencias entre las partes, la neutralidad nos obliga a ignorar ese hecho, incluso cuando sea objetivamente cierto. No considero que explicar esas conclusiones constituya una defensa de una postura.

“Segundo: No creo que mi enfoque ignore en absoluto el papel de las políticas progresistas. De hecho, todo lo que expongo en el artículo explica el movimiento MAGA como una reacción contra los avances en el progreso social y eldesmantelamiento de la jerarquía social tradicional.

“No estoy seguro de qué significa "woke" si no se refiere a ese progreso. Además, Trump ya llevaba casi cuatro años en la presidencia cuando tuvo lugar el movimiento Black Lives Matter . La misoginia y el racismo de Trump eran evidentes en 2016.

“¿Y qué opina tu reputado analista? Creo que todos tienen razón.

“El Partido Republicano está dominado por un presidente despreciable que gobierna sobre un grupo de aduladores sin carácter.

“Ante esta oposición, el Partido Demócrata ha fracasado repetidamente en mantenerse firme, mostrándose demasiado dispuesto a sucumbir a las ortodoxias de izquierda que alienan al votante medio.

“Puede que mi lenguaje sea un poco exagerado”.

En un correo electrónico, Ariel Malka, profesor de Psicología y Ciencias Políticas en la Universidad Yeshiva, expresó ideas similares en términos mucho más razonables y reflexivos, así que le cedo la última palabra:

“Coincido en que la principal amenaza actual para la democracia estadounidense proviene de las acciones del Partido Republicano. Sin

embargo, no me inclino a analizar esto únicamente desde la perspectiva de la reacción conservadora de hombres blancos cristianos, ni a descartar el papel que ciertas formas de polarización han desempeñado en el fortalecimiento de un movimiento antidemocrático.

“Consideremos la polarización ideológica, tanto en términos de las diferencias políticas reales entre los partidos como de la percepción que tienen los votantes de dichas diferencias. La división ideológica (real y percibida) puede llevar a los votantes a sentir que hay tanto en juego en materia de políticas que deben relegar las consideraciones democráticas a un segundo plano. También puede contribuir a que los partidarios justifiquen las acciones antidemocráticas de su partido como compatibles con la democracia, o incluso beneficiosas para ella. “Trump ganó el voto popular cuatro años después de intentar robar las elecciones, con el apoyo de importantes minorías de mujeres, latinos y estadounidenses de origen asiático. La impopularidad de Biden y la inflación fueron factores clave en la victoria de Trump. Sin embargo, la polarización partidista ayuda a explicar por qué un candidato abiertamente antidemocrático que recurre a discursos etnonacionalistas puede seguir siendo competitivo”.

Matthew Tobin contribuyó con su investigación para este artículo.

El *Times* se compromete a publicar una variedad de cartas al editor. Nos gustaría saber su opinión sobre este o cualquiera de nuestros artículos. Aquí tiene algunos consejos . Y aquí está nuestro correo electrónico: letters@nytimes.com.

Sigue la sección de Opinión del *New York Times* en Facebook , Instagram , TikTok , Bluesky , WhatsApp y Threads .

Thomas B. Edsall colabora con la sección de opinión del Times desde 2011. Sus ensayos sobre tendencias estratégicas y demográficas en la política estadounidense se publican todos los martes. Anteriormente, cubrió temas políticos para *The Washington Post.*